

## Objetivos y limitaciones en la descripción histórica del vocabulario: el verbo *hacer* en la historia del español

García Pérez, Rafael (2007): *¿Qué hacíamos y qué hacemos?  
El verbo hacer en la historia del español*, Cilengua,  
San Millán de la Cogolla, 345 páginas,  
ISBN: 978-84-935340-7-3.

Afrontar la cuestión de los cambios semánticos experimentados por el verbo *hacer* en la historia del español supone enfrentarse con el problema de por qué cambian las lenguas. Dante Alighieri fue el primero, así lo afirma, en ocuparse de este asunto a propósito de las lenguas romances:

Cum igitur omnis nostra loquela –preter illam homini primo concreatam a Deo– sit a nostro beneplacito reparata post confusionem illam que nil aliud fuit quam prioris oblivio, et homo sit instabilissimum atque variabilissimum animal, nec durabilis nec continua esse potest, sed sicut alia que nostra sunt, puta mores et habitus, per locorum temporumque distantias variari oportet.<sup>1</sup>

Y el libro de Rafael García no se queda solo en esa reflexión teórica sobre el cambio lingüístico, pues va más allá y se presenta como una investigación aplicada, orientada para su aprovechamiento lexicográfico en la elaboración del *Nuevo diccionario histórico del español*, proyecto en curso en este momento. Una recopilación lexicográfica a estas alturas de la historia debe concebirse y realizarse contando con las modernas herramientas informáticas, desde las premisas de la Lingüística de corpus y a

---

1 «Toda lengua nuestra –excepto la entregada por Dios al primer hombre en la creación– ha sido construida de nuevo a nuestro arbitrio después de la confusión aquella que no fue otra cosa que el olvido de la lengua precedente. Puesto que el hombre es un ser extremadamente inestable y mudable, la lengua no puede ser ni estable ni continua. Es necesario que la lengua cambie en relación a las distancias de lugar y tiempo, del mismo modo que cambian las otras cosas que nos son propias, como las costumbres y los usos sociales». Alighieri, Dante (2000 [1990<sup>1</sup>]): *De vulgari eloquentia*, traduzione e saggi introduttivi di Claudio Marazzini e Concetto Del Popolo, Arnoldo Mondadori Editore, Milán, página 34. La traducción es mía, aunque he seguido la italiana de la edición que manejo.

partir de las posibilidades de estructuración del léxico que permite la Filología computacional.

José Antonio Pascual y el propio Rafael García han subrayado en trabajos anteriores las implicaciones que este diseño de nueva planta, basado en los avances de la Lexicografía, la Filología y la Lingüística informáticas, tiene para el diccionario histórico del español. Entre ellas, la posibilidad de explicar las unidades léxicas, como no podría ser de otro modo, «dentro de la red de relaciones en que estas se hallan»; lo cual tampoco es una novedad con respecto a los proyectos académicos anteriores, pues lo realmente revolucionario son las posibilidades de hacerlo mediante las modernas herramientas informáticas (Pascual Rodríguez, José Antonio y Rafael García Pérez (2007): *Límites y horizontes en un diccionario histórico*, Diputación de Salamanca, Salamanca, página 12).

En esa misma línea debe entenderse la afirmación del profesor García en las conclusiones de su monografía sobre *hacer*:

El presente libro no solo ha pretendido ofrecer una descripción del verbo *hacer* a lo largo del tiempo, sino también proporcionar algunas pistas sobre la importancia que tienen las relaciones entre las palabras en la interpretación del cambio semántico (página 305).

Uno de los objetivos, quizás el principal, de un diccionario histórico ha de ser, sin duda, mostrar las relaciones, cambiantes con el tiempo, que han entablado entre sí las palabras de la lengua. La elección del verbo *hacer* como núcleo de este trabajo es, en primer lugar, un acierto manifiesto precisamente por la cantidad de relaciones que entabla, como verbo pleno, con otros verbos (de equivalencia o sinonimia: *edificar, fabricar, concebir, acuñar, troquelar, labrar...*; de oposición o antonimia<sup>2</sup>: *destruir* o *dehacer*), y como verbo de apoyo con distintas clases léxicas<sup>3</sup> de sustantivos de acción (como las clases: <hecho>, <declaración de voluntad>, <acción reprobada>, <burla>, <producción intelectual>...) y con adjetivos, como

---

2 «Es interesante destacar aquí que, como antónimo de *hacer*, el verbo más utilizado era *destruir*» (pág. 30). Sobre el concepto de antonimia verbal u oposición véase: García Pérez, Rafael (2007): «Tres modelos de oposición por conversión en un diccionario histórico», *Revista de Filología Española* (RFE), LXXXVII, 2º, págs. 273-291: «Dentro de esa red de relaciones, el concepto de oposición tiene enorme relevancia», págs. 273-274; y «Estas conexiones tienen enorme interés para la confección de un diccionario histórico, pues nos muestran que las palabras no están aisladas, sino que forman una compleja estructura que hemos de tener en cuenta si queremos entender, en toda su complejidad, la evolución del léxico de una lengua», pág. 290.

verbo de apoyo de estado con predicados de estadio, como *enfermo, sano, limpio, lleno, maduro...* (de igual modo que *tornarse, volverse...*)

Un diccionario histórico debe poner de manifiesto estas relaciones y establecer lo más exactamente posible sus respectivos períodos de vigencia, como trata de hacer el profesor García Pérez en su libro (es muy ilustrativa la tabla al final del volumen con las distintas equivalencias de *hacer* y su vigencia a lo largo de la historia del español, páginas 313-345). Estas sinonimias de *hacer* como verbo pleno semánticamente con otros introducidos en el vocabulario español a lo largo de la historia tiene gran trascendencia, pues en los procesos de obsolescencia y neología siempre debe haber un período de sinonimia o equivalencia transitoria que permita la introducción del préstamo, su aclimatación y el consiguiente uso como arcaísmo de la voz sometida al proceso de pérdida léxica (véase, por ejemplo, el caso de *hacer moneda* -> *acuñar moneda*, página 36)

El libro de Rafael García logra cubrir muy satisfactoriamente el objetivo de mostrar la importancia de las relaciones entre las palabras al tejer una urdimbre muy amplia alrededor del verbo *hacer*, una «red léxica» (página 307), siempre ampliable, que forma parte del patrimonio histórico de los hablantes del español del futuro. En este caso la palabra *hacer* ha sido como el agujero del que habla Álvaro Pombo cuando pone en boca del niño protagonista de la *Aparición del eterno femenino...* su idea de qué cosa sean las palabras:

Una palabra viene a ser como un agujero: se entra por la palabra y si se quiere no se sale y desde dentro se ve lo que hay fuera, como desde dentro de un agujero, como si fuera un catalejo y lo que se ve fuera un paisaje perfectamente circular. Cada palabra está llena de palabras, al mismo tiempo que vacía para poder entrar más fácilmente. De las palabras es de lo que más me fío, porque son cuevas con pasadizos que las comunican casi a todas y donde la mayoría del curso se hace un lío y no saben si pararse o si seguir y creen que lo que las palabras son es laberintos. A mí no me preocupa lo más mínimo, porque yo sé entrar y sé salir por las palabras como por los pasillos de esta casa. Y muchas palabras que ni siquiera antes las he visto ni una vez, cuando las veo no me chocan: sé de dónde vienen y el camino que recorren aunque yo no le recorra. Por eso soy el rey,

---

3 Sobre el concepto de clase léxica o clases de «predicados nominales» véase: García Pérez, Rafael (2006): «El proceso de formación de las clases léxicas y su importancia para un diccionario histórico: el ejemplo de la clase <odio>», *Boletín de la Real Academia Española*, 294, págs. 317-332.

entre otras cosas, porque las palabras las conozco todas. ¡Para saberlas no necesito ni mirarlas! (Pombo, Álvaro (1993): *Aparición del eterno femenino contada por S. M. el Rey*, Círculo de lectores, Barcelona, página 114).

Para un lexicógrafo y filólogo, no obstante lo anterior, no basta con la necesidad de mostrar las relaciones entre las palabras para justificar el inmenso gasto humano y material que supone hacer un diccionario histórico, que a su vez ha de ser herramienta para otros filólogos y lingüistas y, en el caso del español, una necesidad para una comunidad de hablantes. Un diccionario histórico debe servir para explicar y explicarse por qué decimos lo que decimos y, principalmente, cómo lo decimos: la elaboración de un diccionario histórico tiene que ver con la norma, que nace del uso (descriptivo) y de la costumbre (histórica) como muy bien explica Ortega y Gasset en *El hombre y la gente*. De ello nos da cuenta muy ajustadamente el profesor García Pérez, pues su análisis pormenorizado de la historia de *hacer* le permite «explicar mejor ciertas peculiaridades o supuestas “rarezas” de su empleo en la lengua contemporánea, porque, en la mayor parte de los casos, lo que ahora nos sorprende por aparecer aislado e incluso atentar al equilibrio del conjunto puede no ser más que un resto de un sentido o un uso más amplio desaparecido tras un proceso particular de reestructuración» (página 306, véase el caso de *hacer un papel* → *jugar un papel* en la página 286, nota 111).

Y es que explicar de un modo racional por qué decimos lo que decimos supone explicar la norma lingüística actual. Aunque «Nada nos permite explicar, de un modo racional, por qué decimos *dar un paseo* y no *\*hacer un paseo...*» (página 48) y hay que estar de acuerdo con el profesor García en que «la selección de los verbos soporte o verbos de apoyo resulta, en principio, impredecible» o en otras palabras «es arbitraria», debemos admitir que es, asimismo, explicable históricamente. ¿Por qué decimos *hacer ilusión* pero *dar miedo*? Sin duda, la explicación es histórica y tiene que ver con la fecha de documentación del sustantivo: ya le extrañaba el uso a María Moliner en su *Diccionario de uso del español*, que lo marca como *inf(ormal)*; la explicación sincrónica, en este caso al menos, se queda corta.

De hecho, una de las lecturas transversales que admite la obra que reseñamos es la relativa a la historia de *hacer* como verbo de apoyo y su secular competición con *dar*, que abarca casi toda la historia de la lengua (siglos VIII-XVII) y se resuelve a favor del segundo de los verbos en casi todas las construcciones, enriquecidas, sobre todo a partir del XV, con abundantes cultismos y préstamos que no llegan a distorsionar el panorama general en el que *hacer* es sustituido por *dar* en la selección verbal

de la mayoría de las clases de sustantivos predicativos estudiadas. Sin entrar en las posibles causas externas del fenómeno, ni en su probable origen vasco ni en su difusión por el norte peninsular desde la Edad Media, hasta su estandarización a lo largo de los Siglos de Oro (Alba Salas, Josep (2007): «On the life and death of a collocation. A corpus-based diachronic study of *dar miedo/hacer miedo*-type structures in Spanish», *Diachronica*, 24,2, páginas 207-252, véase: páginas 221-247); el profesor García Pérez marca los hitos cronológicos del proceso y explica sus principales consecuencias estructurales de manera prolija y clara.

En definitiva, la importancia de las explicaciones históricas para entender el presente no ofrece ya duda. Sin embargo, un diccionario histórico debe servir, principalmente, para la descodificación de los textos del pasado. «*Los límites de mi lenguaje* significan los límites de mi mundo» (Wittgenstein, *Tractatus*, 5.6) y eso no se aplica sólo a lo intelectual, sino también a la historia: mi lengua debe permitirme penetrar en el pasado, disfrutar de la literatura antigua y, en la medida de lo posible, poder comunicarme (bien que unidireccionalmente) con los hispanohablantes escribientes que me han precedido. Y ello va más allá de la semántica y la sintaxis, pues debe incluir la lengua en su conjunto, la arquitectura de estándares cambiantes y desviaciones documentadas, la variación en el espacio y en el tiempo de la que hablaba Dante, pero también la variación social, íntimamente unida a las otras dos (Penny, Ralf [2000]: *Variation and change in Spanish*, CUP, Cambridge). Debe permitirme acceder, como hace el profesor García, en la medida de lo posible, a la competencia de los hablantes del pasado:

Debido a esta rigidez y la falta de criterio para determinar cuándo el sustantivo selecciona uno u otro verbo de apoyo, parece razonable considerar que estas combinaciones forman parte de la competencia léxica de los hablantes (página 49).

Un estudio de este tipo, es fácil intuirlo, presente muchas limitaciones, derivadas sea de la propia metodología histórica (arqueología semántica y léxica, lingüística de corpus), sea del objeto de estudio (el español en su historia). Continuamente apela el profesor García a la parcialidad de los datos obtenidos del *CORDE* (también del *CREA*), debida a su composición desequilibrada en cuanto a géneros y registros concretos. Cada uno de los capítulos se abre con un epígrafe dedicado a comentar las peculiaridades del *CORDE* para la época analizada en el apartado correspondiente. En la página 261, al comienzo del capítulo «El verbo *hacer* en los Siglos de Oro: los siglos XVI y XVII», comenta:

Hemos de concluir, por tanto, que si es cierto que se ha abierto el abanico de los textos seleccionados, y es un dato positivo, no lo es menos que la utilidad de los nuevos documentos no es tan significativa como a primera vista podría parecer. Ello nos fuerza, de nuevo, a ser cautos y nos impide cantar victoria respecto a la descripción final de los significados del verbo *hacer* y las combinaciones léxicas de las que forma parte (página 261).

Es comprensible que el autor de nuestro volumen muestre ciertas reticencias ante la sensación de continuidad o progreso que se deduce del análisis de los ejemplos, como si el español hubiese nacido realmente en San Millán de la Cogolla para llegar a ser lo que hoy, también en San Millán de la Cogolla, resulta ser: «habría que preguntarse hasta qué punto esta sensación de continuidad que nos ofrecen los siglos XIV y XV en el proceso de evolución del verbo *hacer*, y especialmente en su selección por parte de los sustantivos predicativos de la época, se debe también, en alguna medida, a las características particulares del corpus con el que contamos» (página 220).

Y a pesar de resistirse a cantar victoria, no cesa el autor en su empeño de desentrañar la trama de relaciones léxicas urdidas alrededor del verbo *hacer*. Comenta la cristalización del estándar a finales del XVII en torno a *hacer*, que logra entonces una estructura sintáctico-semántica establecida tal como la conocemos hasta la actualidad («A finales del s. XVII, la estructura sintáctico-semántica del verbo, tal como la conocemos en la actualidad, puede considerarse establecida casi en su totalidad», página 291); sin olvidarse de la variación en los distintos ejes: el cronológico (señala la preferencia por los pleonasmos del tipo *tírar un tiro* en el siglo XV, página 246), el geográfico (subraya la aparición de la construcción *fazer a* + infinitivo en textos aragoneses del XIV, páginas 235-236), el estilo (*edificar* perteneció desde muy temprano a la lengua culta y «muy probablemente, a los textos escritos», página 28) y el registro, con un excursus sobre *hacer* en la lengua de los navegantes del siglo XVI (páginas 263-264) que me ha traído buenos recuerdos de mi época predoctoral salmantina, cuando conocí al, entonces aún no, doctor García Pérez.

De aquellos años de cambio de centuria conservo yo la imagen del compañero Rafael, en los días en que ambos trabajamos juntos en la confección, precisamente, del Corpus Diacrónico del Español que, con el paso de los años, se ha convertido en protagonista de nuestras comunes aunque discretas pesadillas filológico-lexicográficas. Por tratarse de un colega, llegados a este punto, debo disculparme porque mi juicio crítico de la obra que reseño no puede ser imparcial. A ningún lector atento se le escapará,

conozca o no al autor, que *¿Qué hacíamos y qué hacemos? El verbo hacer en la historia del español* es un libro muy detallado, completo, interesante y necesario para la elaboración del *Nuevo diccionario histórico del español*.

Por otro lado, trabajo en la institución que ha tenido a bien publicarlo, el Instituto Historia de la lengua de Cilengua, de cuya colección de monografías es el libro de Rafael el primer número. Esto último no quitará, sin embargo, hierro a mi reseña, pues como buen hijo primogénito, el libro de Rafael ha sacado lo mejor de un progenitor y lo peor del otro. Como editores, debemos hacer examen de conciencia, *compositio loci*, para evitar caer «siempre en los mismos errores», como canta Chavela Vargas. Y es que el libro de Rafael tiene demasiadas erratas y alguna incongruencia en el uso de abreviaturas que nosotros, como editores, deberíamos haber subsanado a tiempo. Como dice Francisco Rico: Cervantes quería ser editado lo mejor posible, y también el *hacer* de Rafael lo merecía. Sea la primera, seguro que no la única, excusa para la segunda edición corregida y aumentada.

José Ramón Carriazo Ruiz

